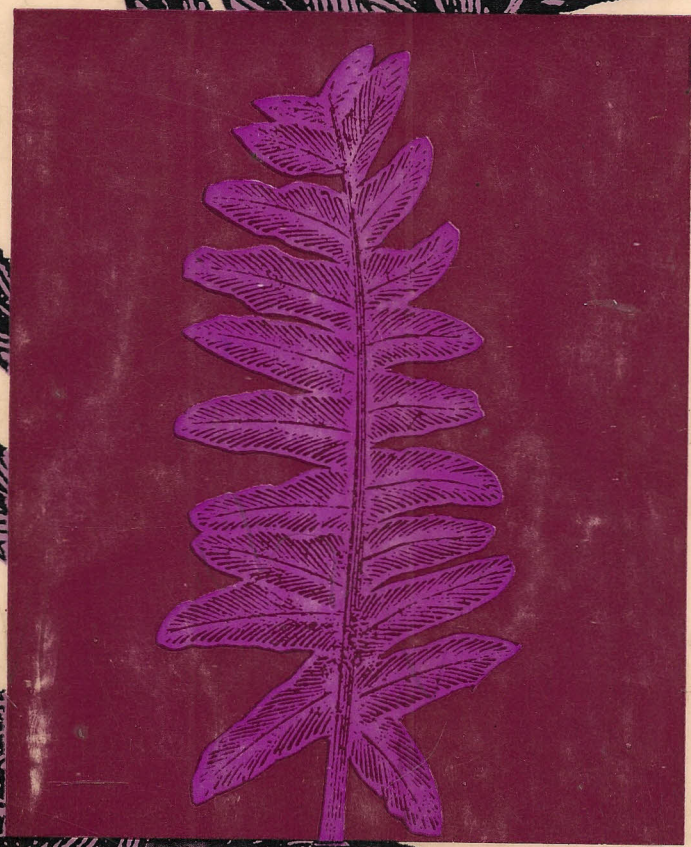
Eugenio Montejo
Algunas palabras

Monte Avila Editores



© MONTE AVILA EDITORES, C. A.
Caracas / Venezuela

Portada / Víctor Viano
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

LOS ARBOLES

Hablan poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.

Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlo.

LAS ALDEAS

En esta hora me recorre
el largo hastío de las aldeas.
El ascensor, los autos se detienen
y hacia otras calles va mi rostro
entre las vaharadas del espejo.

En esta hora suena un tango roto
de lejanas tabernas,
una canción monótona adrede
que se pierde en el viento.

Tardos, con ojos melancólicos,
hombres de roídos sombreros
miran el tiempo oblicuo
y me aguardan entre soleadas polvaredas.

Reina en las salas ya vacías
el áspero reposo de los muebles,
los clavos remachados por el tedio
en la vieja madera.

Y las casas, las casas
cóncavas y convexas,
según la lluvia, el sol, el año,
los obstinados techos.

Piedra por piedra la ciudad se derrumba
y me recorre el hastío de las aldeas.
Vuelven los gallos, los mismos de hace siglos
a aletear otra vez en el patio
apagando las llamas del tiempo
y la noche cae al fondo y me cubre
con sus cantos donde todo es ausencia.

VECINDAD

Mi cuerpo errante se fatiga
de llevarme despacio por la tierra,
de andar conmigo horas y horas
caviloso, al lado de su huésped.

A veces dócil se detiene
para suplirme un ademán, un gesto,
después se suelta de mis manos,
se distrae contemplando las piedras.

Así paseamos juntos la ciudad
absortos, hostiles en secreto,
él con la forma de mis padres,
su sangre, su materia,
yo con lo que queda de su sueño,
los dos tan cerca que los pasos
se nos confunden en la niebla.

ALGUNAS PALABRAS

Algunas de nuestras palabras
son fuertes, francas, amarillas,
otras redondas, lisas, de madera...
Detrás de todas queda el Atlántico.

Algunas de nuestras palabras
son barcos cargados de especias,
vienen o van según el viento
y el eco de las paredes.

Otras tienen sombras de plátanos,
vuelos de raudos azulejos.
El año madura en los campos
sus resinas espesas.

Palmeras de lentos jadeos
giran al fondo de lo que hablamos,
sollozos en casas de barro
de nuestras pobres conversas.

Algunas de nuestras palabras
las inventan los ríos, las nubes.
De su tedio se sirve la lluvia
al caer en las tejas.

Así pasa la vida y conversamos
dejando que la lengua vaya y vuelva.
Unas son fuertes, francas, amarillas,
otras redondas, lisas, de madera...
Detrás de todas queda el Atlántico.

SALA DE PARTO

Las madres están sentadas en hileras
junto a los muros
y el viento las disuelve.
Se oyen sus corazones apagados
y sus ojos mirándonos dispersos
desde todas las piedras.

Lo maternal torna el espacio de esta sala
en un profundo vientre,
abulta las ventanas y los cuadros,
dilata las maderas,
nos entumece con máscaras de fetos.

Finjo leer mientras aguardo a una que traje,
pero no puedo.
Los llantos de novicias, las que vienen
tardes en ambulancias, las expertas
que añaden sus consuelos,
me repliegan en un terror extraño
como si de todas yo naciera.

Lo maternal en esta sala es la materia
en su tensión terrestre.
La rueda de las sombras, el aumento
del silencio nocturno
y el dolor que da vueltas y vueltas...

Salgo hacia el patio a tomar aire, a reponerme,
pero no puedo.
Me rodean otros rostros más exangües
con cenizas de ojeras
que van a pocos días del parto
en sus paseos reglamentarios
y esos niños, esos niños que bostezan
ante el mundo de paredes tan largas.

ALTAMAR

Las noches de altamar en el Atlántico
y los barcos que lejos se saludan
con la humareda de los silbatos,
¡las espumas de sus blancos hospitales!

Vamos enfermos de llegar,
de no llegar en tantos días de mar adentro.
Ya no se ven los bordes de las islas
al acodarnos sobre el puente.

Nada se sabe aquí del mundo,
sólo se oye el lamento de los fados,
los acordeones que el mar bate en sus fuelles.
A bordo va un muchacho muerto
que llevamos a enterrar en Italia.
Somos un pequeño pueblo.

Las noches de altamar desde la popa
y los delfines que nos siguen
mucho después del viaje, hora tras hora,
disputando desechos,
¡los delfines hambrientos tras el barco
y la estela que crece y nos destierra!

UNA GARZA

Miré en invierno rígida la garza
blanca, petrificada ante el espacio
de compasiva nieve.
Desde los filamentos de sus patas
lentas burbujas de silencio
iban juntándose en sus plumas
y entallaban en límpidas esferas.

Extraño se contempla el mundo
después de ver la quietud de una garza.
El tumulto monótono se aleja
de nuestra sangre y cesa el pensamiento
de asirse al tiempo estéril, insistente.
La carne se hace amiga de la piedra
y ya no importa el aire en que flotamos,
si erramos en sus giros
o si caemos con las hojas secas.

UCCELLO, HOY 6 DE AGOSTO

En el cuadro de Uccello hay un caballo
que estuvo en Hiroshima.
Nadie lo ve cuando se ausenta,
cuando sus ojos beben sombra
sobre los cascos que se pulverizan.

Uccello dejó un mapa de la guerra
arcaico, con armas inocentes.
No dibujaba aviones ni torpedos,
desconocía los submarinos,
su muerte iba del gris al rojo, al verde.

Sólo el caballo en este 6 de agosto
está herrado con viejas cicatrices,
sólo sus patas llevan en la noche
a la desolación del exterminio.

Es un caballo torvo, atado a un árbol,
siempre listo en su silla.
Uccello lo cubrió con capas de pintura,
lo borró de su siglo,
y hoy aguarda en el fondo de la cuadra
con los jinetes del Apocalipsis.

NAVEGACIONES

De regreso en la noche
cuando los árboles en vela
apagan una a una las lámparas
y declinantes postigos se oscurecen,
son más claros los hombres y sus pasos,
más vivo su reflejo.

Cada hombre es un astro, un cosmos habitado
fijo en la rueda de la niebla.
Cada uno en la noche retorna
de altas navegaciones
con un perro o un diario.
Su mayor lejanía es de palabras,
lo que a solas se dice, lo que queda
flotando entre sus ecos.

Algunos en sus órbitas se juntan
y brillan un instante
con un fulgor más denso.
Algunos son visibles todavía
al final de la calle,
pero después desaparecen.

NUESTRAS CASAS

No conocen la nieve nuestras casas,
no nos guardan abrigos sus armarios,
el invierno cae lejos, no las toca,
nada saben de Islandia.

El único frío que allí se siente
ocurre al alejarse.
Se teme lo peor: morir afuera,
lejos de sus patios.

Suenan distintas nuestras voces
cuando se dicen en otros lugares.
Los ecos llegan más vacíos,
faltan muros soleados.

También hay voces en sus piedras
escondidas, con patas de lagartos.
A veces se oyen en el viento,
baten los cortinajes.
(Quienes nos las dejaron ya sabían
la ausencia de nevadas).

Ninguna de ellas conoce la nieve,
nunca la han visto, no les hace falta.
El único frío bajo sus techos

se siente al alejarse,
cuando las voces del que ya no vuelve
se esconden en los muros
y ruedan con el viento a la hojarasca.

LA VIDA

a *Vicente Gerbasi*

La Vida toma aviones y se aleja,
sale de día, de noche, a cada instante
hacia remotos aeropuertos.

La Vida se va, se fue, llega más tarde,
es difícil seguirla: tiene horarios
imprevistos, secretos,
cambia de ruta, sueña a bordo, vuela.

La Vida puede llegar ahora, no sabemos,
puede estar en Nebraska, en Estambul,
o ser esa mujer que duerme
en la sala de espera.

La Vida es el misterio en los tableros,
los viajantes que parten o regresan,
el miedo, la aventura, los sollozos,
las nieblas que nos quedan del adiós
y los aviones puros que se elevan
hacia los aires altos del deseo.

NOCTURNO

Noche de compasiva geometría
donde los ecos van y vuelven
entre edificios rectos.
Cruzan pasos sonámbulos
por calles que se cortan
oblicuas, en espejo.
Los últimos taxis llevan sombras.
Mudos televisores fosforecen.
Las palabras que flotan en el aire
con murmullos de vidrio
a esta hora son peces.
Salen de sueños de mujeres,
de cuerpos que se expanden
con follajes de helechos.
La lluvia las arrastra
a través de las largas avenidas
y estallan en el viento.

EL ULTIMO PAJARO

El último pájaro que canta
antes que el bosque se anochezca,
no tiene recuerdo ni esperanza,
no canta para sí, jamás se nombra,
no se refiere a nada.
Quizás en esa hora ya no es pájaro.

A la detonación oscura
con que el árbol se borra del patio
añade un grito seco,
un vidrio tenso con que cae
y se parte.

LAS CIGARRAS

De la cigarra, animal melancólico,
insecto de líricos hábitos,
sólo nos queda la ceniza
y anillos secos en los árboles.
Mas de su canto entre los bosques
cuando está marzo en las acacias
y el flamboyán, el árbol fénix, se abre
entre los patios,
la persistencia nos envuelve
y derivamos con sus gritos
por los más altos aires.

A esta vuelta del año
alguna hora entre las otras
traerá el rumor, el coro denso
que crece hasta llegar a las ciudades.
Después el día se enciende
y las mujeres flotan
en el sonido interminable...

No todo lo que amamos, si ellas cantan,
se aleja de las manos.
Aún marzo las acerca, aún confiamos
que las oiremos en los aires.
Sería terrible morir en una tierra
donde no vuelvan las cigarras.

PAISAJES

Los paisajes tatuados en mis ojos
que dan a un fondo de llanura
donde Dios (si hay un Dios) pasa a caballo,
se abren a cada sol más nítidos,
no los borran los años.

Hondos sus aires me circundan
hechos de ríos sentimentales,
de ásperas piedras y de voces
que nacen de sus pastos.

Son los paisajes que llevo a otras ciudades,
valijas leves, impalpables,
por largos caminos soleados
donde los pueblos nacen de guitarras
y la vida está escrita
sobre las hojas de los plátanos.

Entro en ellos, alcanzo sus límites
cuando me desamparo en otras calles,
están a un paso de mi sombra,
a una sola palabra,
intactos en la tierra profunda
que me anochece al canto de sus gallos.

NOCTURNO AL LADO DE MI HIJO

Despacio la noche me reintegra
al áspero silencio
que esparcen atónitas estrellas
mientras mi hijo duerme.

Allí en su sueño, tras las nieblas
que nos separan, crece el árbol
por donde torna hacia otro día
mi sangre que aún en él es verde.

Allí mi infancia se reencuentra
entre la magia de sus ríos
al otro lado del espejo.

Caen ahogados murmullos de vidrio
esta noche en el mundo
todavía tan negro.
Y la inocencia en su reposo
que en lentas ondas fluye
mientras velo a su lado me atormenta.

A la mesa en que escribo
llega la sombra de mis padres
a zancos de otro tiempo.
Ojerosos anillos me suspenden

del velón que en sus ojos parpadea
al verme dormido de pequeño.

De padre a hijo la vida se acumula
y la sangre que dimos se devuelve
y nos recorre en estremecimiento.

Las horas caen de estalactitas
con un ardor silente
que empaña las vidrieras.

Quedan pocas estrellas. Es tarde.
Llegan más sombras a mi mesa
que se añaden al coro
de almas que me preceden.
Junto a la transparencia de mi hijo
sigue el bracero de los labios
mezclándonos las voces
en un salmo de amarga sobrevida
que da terror y quema.

CASA AGRESTE

Entro en la casa agreste
recubierta con periódicos viejos,
de oblicuos muros donde declina el viento.
Sus vigas mezclan lentas nubes,
sus ventanas de espacios inocentes
ven pasar el paisaje sin tocarlo,
son huecos en la luz, nada las cierra.

Por las paredes vuelan leves risas
en fotos renegridas
de actrices de otro tiempo.

Morada detenida en ausencia
donde la noche nace del café
que me sirven sus dueños.

Aquí al azar con que me albergo
mi poesía se reconoce
en la humildad de esta casa de piedra.
Unas pocas palabras van conmigo
cubriéndome los huesos,
un liviano susurro
que dejará mi alma cuando parta
entre los humos de sus techos.

ISLANDIA

Islandia y lo lejos que nos queda
con sus brumas heladas y sus fiordos
donde se hablan dialectos de hielo.

Islandia tan próxima del polo,
purificada por las noches
en que amamantan las ballenas.

Islandia dibujada en mi cuaderno,
la ilusión y la pena (o viceversa).

¿Habrá algo más fatal que este deseo
de irme a Islandia y recitar sus sagas,
de recorrer sus nieblas?

Es este sol de mi país
que tanto quema
el que me hace soñar con sus inviernos.
Esta contradicción ecuatorial
de buscar una nieve
que preserve en el fondo su calor,
que no borre las hojas de los cedros.

Nunca iré a Islandia. Está muy lejos.
A muchos grados bajo cero.
Voy a plegar el mapa para acercarla.
Voy a cubrir sus fiordos con bosques de palmeras.

TRENES NOCTURNOS

Tardos trenes nocturnos que van lejos
y con las sombras nos arrastran
al desamparo de sus túneles
por remotos andenes.

Tardos trenes con luz de cine mudo
donde los rieles fosforecen
en vidriosos paisajes.
Son más que sueño porque nunca nos dejan.

Dormimos recorriendo el mundo,
destinados a errar en sus vagones.
Dejamos las valijas a la puerta,
aguardamos la hora.

Bruselas surge en sombras
con la nieve que cae en duermevela,
se ven sus torres góticas,
la capa de Verlaine entre los puentes.

Nada puede el somnífero
para borrar el sordo tableteo
de los trenes nocturnos que van lejos.
Toda la noche tiemblan las paredes.

Al fin subimos los peldaños
y al sentarnos regresan las ciudades
falsas o verdaderas.
Alguno de nosotros ya no vuelve,
alguno ignora el viaje, se dormita,
pero mañana no despierta.

MARES DE TURNER

Mares de Turner, honda zozobra de naufragios,
olas que rompen en la tela
y nos arrastran con los desechos de navíos...
Todos sus mástiles son fuego.

Mares tatuados en la piel, verde borrasca
donde los ojos no hallan centro.
Nubes flotantes que se arraciman y nos hunden
bajo el desastre de los muelles.

Mares que se enmudecen en rostros de mujeres
detrás de pañolones tenues.
Ya no hay rata que alcance las últimas barandas,
están selladas las compuertas.

Turner es ese tacto ante el terror. No cede
a las despavoridas muecas,
no astilla el maderamen cuando lo dobla a pique
bajo el acoso de los vientos.

Pocas nubes le bastan, una gaviota errante
y el torvo sesgo de las velas.
Lo demás es su alma abierta a su naufragio,
atormentada en su elemento.

DOS REMBRANDT

Con grumos ocres pudo el viejo Rembrandt
pintar su último rostro. Es un autorretrato
en su final, hecho de encargo
para un joven pintor de 34.
(El mismo Rembrandt visto en otra cara).

Puestos cerca esos cuadros
muestran en igual pose las dos bocas,
unos ojos intensos o vagos,
las manos juntas en el aire
y el tacto de colores
con hondas luces que se rompen
en sordos sollozos apagados...

Rembrandt en la vejez, al dibujarse
supo ser objetivo. No interfiere
en los estragos de su vida,
ve lo que fue, no añade, no lamenta.
Su alma sólo nos busca por espejo
y sin pedirnos saldo
se acerca en sus dos rostros,
pero quién al mirarlos no se quema?

A UNA PASEANTE

Crucé la niebla dando sobre el blanco
tumbos de ceguedad, de hojas errantes.
Los grumos de árboles disueltos
eran cisnes al tacto
y bocanadas verdes de caballo.
Enero frotándose en los vidrios
de ateridas ventanas
me ató los ojos al celaje
de una paseante.

No distinguí en la niebla de los árboles
su rostro de mi alma,
su cabellera de las hojas,
sus pasos del follaje.
Dando tumbos en blanco, a la deriva,
la vi fluir desde mis manos
con el claror de un arcoiris
que subía de la infancia.

LAS COSAS

Las cosas viven del deseo
de nuestras manos, de cuanto se entrega
al tacto de la vida
con los usos terrestres.

Hondas, extrañas, objetivas
entre los hombres y la niebla,
guardan de Dios sólo una idea
confusa, de intemperie.

Pero rebosan de deseos,
de sensación dispersa.
Bajo sus pliegues hay murmullos,
sordos aromas, pétalos.

No tienen ojos sino sombra
y alas que se repliegan
cuando reposan mansas, alineadas
por largo tiempo.

Los hombres cruzan a su lado,
están y no están en la tierra.
Las cosas son ventanas mudas
donde se vierten.

SOBREVIDA

Cuando errantes estrellas se detienen
para ver si seguimos en la tierra
y sus voces de vidrio en la ventana
llaman a cada uno por su nombre,
¿quién de nosotros al hojear un diario
puede gritar su sobrevida?
¿Quién guarda leño para el Arca,
inocente, confiado de su suerte?

Despacio, en lenta luz estática
las estrellas se ven puerta por puerta,
arañan de noche los goznes
donde la sombra acumula sus nieblas
y van y vuelven por las calles
atormentadas de tanto silencio...

Nadie responde al eco que lo llama,
nadie menos diluvio que los otros
dice algo más que las estatuas.
Sólo a lo lejos se oye el viento
pero su furia rompe en soplos secos
y estalla en los nudos de la madera.

EL ORINOCO

El Orinoco pasa por mi vida
en una noche de astros ya muy lejos.
Mi juventud se tiende en esa hora
bajo las palmas de la orilla
a contemplar el paso de las Pléyades
y no se vuelve a ver. Allí se queda.

El Orinoco traza un curso vasto
pero se une a mi vida en ese instante
cerca del Delta.
Después cada uno prosigue hacia la mar,
cambia sueño por sal, se ausenta en los navíos
que cruzan al azar de la corriente.

Así en mi sangre su rumor
se me junta con las voces de sus gentes.
El silencio que a veces me recorre
nace de sus piedras.
Y lo que sueña en mi palabra
es su jadeo salvaje, sus alianzas
de remanso y torrente.

El Orinoco pasa por nosotros
pero su extraña transparencia
algo siempre se lleva.

La juventud que en una noche
miraba el paso de las Pléyades
ya no la vi en ningún espejo.
Se borró río abajo en sus arenas.

HOTEL ANTIGUO

Una mujer a solas se desnuda,
pared por medio, en el hotel antiguo
de esta ciudad remota donde duermo.

Abren las sedas un rumor disperso
que se mezcla al follaje
de los helechos en el aire.

Se oyen llaves que giran en un cofre,
jadeos ahogados, prendas,
la inocencia de gestos solitarios
que beben los espejos.

A su tiempo la noche se desnuda
y las calles apiladas se doblan
en un vasto ropaje
con la fatiga de un final de fiesta.

Una mujer a solas tras los muros,
unos pasos, un oscuro deseo,
hasta mí llega de otro mundo
como alguien que he amado y que me habla
desde un ataúd lleno de piedras.

PUEBLO EN EL POLVO

Estas calles oblicuas dan al polvo,
estas casas sin nadie se disuelven
en áspera intemperie
y piedras de sombra.

La luz derrumba las paredes
con bultos de esfuminos blancos.
Flotan remotos ecos
de veladas y restos de charlas.

Todas las puertas tienen ojos
y pestañas de adormideras.
Se repliegan al tacto
bajo el estruendo de los techos.

Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia.
Juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.

VIDA

Cuanto me das con una de tus manos
con otra me lo arrancas.
Cuanto me das del día lo vuelves noche,
llenas, vacías mis ojos,
borras las calles donde paso,
los portales en donde toco.

Te pareces a las nubes pero las cambias
para que nadie te conozca.

Te pareces al rumor del Orinoco.

Vida te llaman moviéndose los árboles
hasta que huyes llevándote las hojas.

LAS NUBES

Las nubes me dispersan por el mundo,
de país en país, de un puerto a otro,
a bordo de sus islas inocentes.

Las horas de mi infancia fueron nubes
entre los árboles de un patio,
el resto se me pierde en sus estelas.

Se va el año, cada vez somos menos,
los días encallan en sus barcos rotos,
despertamos en remotas ciudades...

La angustia me junta las nubes
atónito en un taxi
con la amargura del conocimiento.

Yo que me las soñé fijas en casa
esa mañana vi que derivaban
ya muy lejos de mis cuatro paredes.

Que todo lo que amamos se hace nube
y se borra en amargo celaje
entre los ojos y los cielos.

EL OTRO

Miro el hombre que soy y que vuelve,
he leído en Heródoto su vida,
me habla arameo, sánscrito, sueco.

Es miope, tardo, subjetivo,
yerra por calles que declinan
hasta que el horizonte lo disuelve.

Conozco sus muertes en el Bósforo,
sus túmulos en Creta,
los sollozos en un portal oscuro
por una mujer muerta en la peste.

Llama a todas las casas de la tierra,
cambia dolor por compañía,
hastío por inocencia,
y de noche se acerca a mi lámpara,
escribe para que las nubes amanezcan
más al centro del patio,
junto al país que nos espera.

INSOMNIO

Esta noche de invierno veo los pájaros
entumecerse afuera
ahora que los árboles tiritan
con garfios de carámbanos yertos.

Esta noche la escarcha que los quema
va azuzando los lobos
con que crece el insomnio
y se clava en los ojos abiertos.

Estoy a cubierto y no duermo,
no puedo dormir con los pájaros.
Se me hace tan extraña la ruta
que atraviesa la vida
para llegar al hombre, al animal,
para brotar sobre la tierra.

Sé que esta piedad sorda, humana,
no traspasa la puerta.
Afuera están los pájaros saltando
en ráfagas de hielo
y el frío los enmudece.

Y no sé, juraría que resiste
más allá de los témpanos

algo que en la ventana se me pierde,
algo que está abrazándose a las alas
y recorre su sangre
con el ardor de una inocencia
que espera el día y prepara los cantos.

DORMIR

Dormir, pero en los viejos camarotes,
junto al flotante maderamen,
por los aires salinos, mar adentro.

Las noches que el olvido olea despacio
y a bordo nadie se pregunta
si el barco viene o vuelve.

Dado a las ondas que nos llevan
sobre sus lomos de camellos
ya sin deseo de ver tierra.

Y sentir la anestesia de los peces
con su mudez vidriosa
que cubre los espejos.

Cobrar el sueño que nos deben
tantas noches de lámparas,
tantos rotos poemas.

Dormir, dormir en viejos camarotes
sobre literas hondas y vaivenes
donde la noche nos arrastra
con sordos resoplidos de ballena.

LETRA PROFUNDA

Lo que escribí en el vientre de mi madre
ante la luz desaparece.
El sueño de mi letra antigua
tatuado en espera del mundo
se borró a la crecida del tiempo.
Colores, tactos, huellas
cayeron bajo túmulos de nieve.
Sólo murmullos a deshora
afloran hoy del fondo,
visiones en eclipse, indescifrables
que envuelve el vaho de los espejos.
Los ojos buscan en el aire
el espacio donde el alma flotaba
y se pierden detrás de su senda.
Lo que escribí en el vientre de mi madre
quizás no fue sino una flor
porque más hiere cuando desvanece.
Una flor viva que no tiene recuerdo.

UN CABALLO BLANCO

Hablaba de un caballo blanco
y su llama en el aire,
de la ciudad que se divisa
al fondo, detrás de sus pestañas.

De un animal hablaba, no de nubes,
ni siquiera de un barco,
aunque las crines lentas se batían
con rumor de velámenes.

Sentí el deseo urgente de anotarlo
en mi cuaderno,
no sé con qué palabras (es lo que indago),
no estoy seguro de que lo haya visto,
hablaba, perseguía unas imágenes
con sonidos de cascos en la hierba
pero errantes, de paso.

El bulto aéreo de su cuello
y las sombras detrás de los celajes
me desviaron tal vez, iba a alcanzarlo,
iba a palpar el aleteo
de su visión o casi,
el fuego en un caballo blanco!

LA ANUNCIACION
(Una talla antigua)

Miro el ángel de la vieja madera
bajo la transparencia que en las alas
tiene devastación de termiteros.

La túnica se borra hacia los hombros
y su dedo en los labios
nos esparce el quemante silencio
que cae de su leño.

Mas no por ángel nos retiene
absortos ante el sueño de María
con liviana inocencia de cedro.

Hay otra anunciación tras de sus ojos
que aguarda a nuestro lado
su terrible momento.

Y quizás cuando hable sea ya tarde
para todos nosotros,
tarde para sus alas en el fuego.

MARE NOSTRUM

El horizonte es intuitivo
pero las palmas a la orilla del mar
se sirven té y hablan de los clásicos.

El horizonte es intuitivo y la noche y los barcos
que a esta hora retornan a puerto
por los confines del Atlántico.

Hay un bar de roída madera
donde el agua se rompe en marejada.
Hay una casa miserable
con el grito de un niño en las paredes,
un grito azul, de náufrago.

La luna ronda blanca e intuitiva
pero las palmas conservan sus gafas.
Abstraídas prosiguen sus charlas
ante el mar, ante el salobre té del mar
sorbo tras sorbo y hablan de los clásicos.

NUEVOS REYES

¡Oh, qué viejos se han vuelto nuestros Reyes!
Apenas si caminan, se equivocan,
hallan en cualquier techo su palacio,
toman por trono las sillas de tablas,
duermen donde la noche los sorprende,
andan de casa en casa.

Ya no se sabe si son Reyes
o son árboles,
ya no se sabe si son parias
que vienen a servirnos,
si son imaginarios.

Quizás no fueron Reyes sino estatuas,
moles de rectos petroglifos
con oscuros heraldos.
Quizás somos ahora Reyes todos
en el mismo linaje.
(Ya nadie sabe nada).

En tanto obedecemos a los ríos,
las nubes y los árboles,
nos pasamos sus órdenes fraternas
en voz baja,
orgullosos de su antigua nobleza
y borrando los tristes ceremoniales.

EL TIEMPO NO SABE MATEMATICAS

El tiempo no sabe matemáticas
por eso tira del potrillo
con otras horas más fugaces,
lo desmonta de un brinco, lo hace pasto.

Entre los siglos de la avispa
vastas ciudades reconstruye
a la escala del barro.
Hila lentos minutos en la araña,
instantes de invisible geometría
que se destejen lejos de sus patas.

El tiempo dispone mal sus números,
casi no existe en ciertos animales,
en otros se retarda.
No conoce las sumas de mi hijo
desde sus breves años.
Por eso me es difícil explicarle
la brevedad con que el potrillo
se hace caballo, corre, engendra
y se borra en la sombra
de mariposas esteparias.
¡Qué difícil la cuenta del potrillo
para su lápiz!

POR EL TIEMPO QUE QUEDE

Por el tiempo que quede
enseñemos a hablar a las piedras.
Un poco de paciencia basta, un poco de nieve,
algún sollozo menos refractario.
Azules son las voces del Atlántico
y con rumor de caracolas ebrias,
¿por qué nadie las dice a las piedras?
Ellas quedarán por nosotros,
ellas se lavarán en el diluvio
profundas, porosas, inocentes.
Un poco de paciencia basta, un poco de nieve,
un simple amago más fraterno.
Ellas podrán contar a solas
la última historia de la tierra
y recordarnos ante el mar
cuando arrastren las olas otros leños.

RANAS Y RECUERDO

Las ranas en la noche de San Diego
eran tantas y tantas
croando en la sombra de las charcas.
La lluvia al fondo de los cedros
caía en aromas chamuscados
y nos cubrían los coros persistentes
de tonos desiguales.
Algunas con el ruido de una puerta,
los vidrios que se parten,
el tableteo lejano de una máquina,
otras con el fuego de los pastos.

Es terrible seguir en la memoria
su jazz nocturno por otros pantanos.
Cómo sus patas ágiles
nos aguardan detrás de los muros
dispuestas a saltarnos.
Cómo acechan después de cada noche
sus sordos tonos desiguales.
Ranas: esas que no volvieron a escucharse
y éstas que saltan de los ojos
húmedos con los años,
ahora que las charcas están secas
y el tiempo las empaña.

DESHORA

Los días se doblan en mi mesa,
se esparcen, rotan, se suceden,
pero ¿qué hace mi alma del tiempo?
Iba a amanecer y ya es noche,
vine a la ciudad y está desierta.

Antes poseía las horas,
me gustaba flotar en sus nieblas.
En casa me decían: —¿dónde has estado?
Me hablaban de los lobos,
pero yo tenía tiempo.

Algunos pasos eran de aire
y de hojas en toda la senda.
Veía fluir las nubes de mis manos
y perderse a lo lejos.

Hoy ya no sé cruzar la calle
sin toparme al volver golfos de nieve.
Me quedo en vela muchas horas,
pero ¿qué hace mi alma del tiempo?

Llego tarde a mis noches, a mi vida,
tarde doblo los años en mi mesa.

No queda en casa nadie que pregunte
sino sus fotos en los muros.
Busco las huellas de los lobos
que me asustaban. Y los lobos son ellos.

TAMESIS

Támesis, río de todas las máscaras,
ayer de tigre en el otoño
y hoy lento en el invierno
con trompa de elefante.
Ninguno te conoce
aunque viva mil años.
¡Oh, qué monólogo tan largo!...
Y cómo aplauden los mendigos
frente al puente de Chelsea,
cómo arrancas sus lágrimas.
Siglo tras siglo vas abriendo tu cauce
entre las piedras del teatro.
Támesis, río de todas las máscaras.

INDICE

Los árboles 7
Las aldeas 9
Vecindad 11
Algunas palabras 13
Sala de parto 15
Altamar 17
Una garza 19
Uccello, hoy 6 de agosto 21
Navegaciones 23
Nuestras casas 25
La vida 27
Nocturno 29
El último pájaro 31
Las cigarras 33
Paisajes 35
Nocturno al lado de mi hijo 37
Casa agreste 39
Islandia 41
Trenes nocturnos 43
Mares de Turner 45
Dos Rembrandt 47
A una paseante 49
Las cosas 51
Sobrevida 53

El Orinoco 55
Hotel antiguo 57
Pueblo en el polvo 59
Vida 61
Las nubes 63
El otro 65
Insomnio 67
Dormir 69
Letra profunda 71
Un caballo blanco 73
La Anunciación 75
Mare Nostrum 77
Nuevos Reyes 79
El tiempo no sabe matemáticas 81
Por el tiempo que quede 83
Ranas y recuerdo 85
Deshora 87
Támesis 89

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 28 DE JUNIO DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y SEIS EN LAS PRENSAS VENEZOLANAS DE EDITORIAL ARTE, EN LA CIUDAD DE CARACAS